



EL AGUA.

—Papá, papá, ¡qué hermoso está el Retiro! ¡Qué verdes y qué llenos de flores están sus árboles! ¡Si supieras, papá, lo feliz que soy al verme aquí contigo!

—Eso quiero, Juanito, que seas feliz al lado mio: ¿quién te podrá querer nunca más que tu padre? ¿quién velará por tí con más tierna solicitud que yo?

—Nadie, papaito; por eso yo te quiero mucho y prefiero tu compañía á la de todos los demas: ¡luégo, tú eres tan bueno! ¡me cuentas tan bonitas historias! y ¡si vieras, papá, cómo me gustan las cosas que me cuentas! ¡las entiendo tan bien! como que me las explica mi papá, que es el más cariñoso de los maestros.

—Sí, hijo, sí; nadie como yo te

querrá; lo malo es, Juanito, que mis lecciones serán estériles, y probablemente olvidarás las historias á medida que te las voy contando.

—No lo creas, papá, no lo creas; ántes al contrario, me acuerdo mucho de todas ellas, y en todas ellas aprendo algo; así es que, gracias á tí, soy el más adelantado de la clase, y todos mis compañeros me miran con envidia porque sé más que ellos; pero eso no me importa: yo lo que quiero es estudiar, saber muchas cosas, para que luégo, cuando sea hombre, me llamen Don Juan y me respeten, y sobre todo para que mi papá esté orgulloso de mí.

—Dios te bendiga, hijo mio; así te quiero yo: sé siempre así, bueno, obediente y aplicado, y verás cómo se realizan tus deseos.

tro ó fuera de tu casa, es producto, por punto general, de la industria fabril. Ahora bien: esta industria se divide en industria general y doméstica. La primera da vida á las fábricas; la segunda convierte en talleres todas las casas. ¿Cuál es más importante? Esta pregunta carece de fácil contestacion porque ambas se necesitan y completan. En vano la fábrica de hilados lanzaría al mercado piezas y más piezas de lienzo si la industria doméstica no se apoderase de ellas para convertirlas en calzoncillos y camisas. Y ¡cuántos milagros realizan las madres con la industria! ¡Cuántas veces la misma pieza de tela adquiere nueva forma para contrarrestar las diabluras de los hijos ó el natural desgaste del tiempo! Parangonando la industria en

alta escala y la doméstica, puede asegurarse que la primera es más grande y la segunda más noble. En la primera se ve acaso un empresario tiránico abusando de la pobreza de sus obreros; en la segunda se ve al empresario convertido en obrero, y al obrero en empresario. Detras de la primera suele existir la ambicion; detras de la segunda el amor maternal ó filial, la donceller honrada y la virtud. La primera produce las riquezas; la segunda sabe conservarlas.

Examinadas ligeramente las industrias *extractiva, agrícola y fabril*, sólo nos queda hacernos cargo de la *comercial*. Quede dicha tarea para la carta inmediata.

(Se continuará.)

M. OSSORIO Y BERNARD.

SAN ISIDRO LABRADOR.

(15 DE MAYO.)

Ni la humildad de la condicion humana es un obstáculo para la práctica del bien y el ejercicio de las virtudes, ni la grandeza y poderío dejan de postrarse ante la virtud, por muy pobre que sea el que haya sabido practicarla y enaltecerla. Recuerden los niños, recordemos todos á este propósito la vida de Isidro, el Santo Labrador de

Madrid, á quien la Iglesia venera en sus altares y á quien los madrileños rinden fervoroso culto.

Isidro nació á fines del siglo xi en esta capital; tuvo que consagrarse al servicio y á la labranza para lograr su subsistencia, convirtiendo aquellas rudas tareas en medios de mostrar lo humilde y bondadoso de su condicion. Casado con

una virtuosa doncella, llamada María, propusieron pronto ambos esposos voto de castidad, logrando ella de este modo ser también venerada por sus virtudes y considerada como santa. Recuerdan las historias de su vida haber sido tal la devoción de Isidro y su práctica de los deberes religiosos que la malicia quiso perjudicarle llevando una denuncia de su conducta á su señor Ivan de Vargas, quien acudió por sí mismo á ver las tierras que tenía en término de Madrid, hallando efectivamente en oración á su criado, aunque también pudo ver una hermosa yunta de bueyes que, sin guía que les condujera, araban aquellas tierras, las mejor laboreadas y que más abundante cosecha prometían de entre todas las del contorno. Hostigado Vargas por la sed, se lamentaba otro día de no tener medio con qué satisfacerla; pero Isidro, dando un golpe de hizada en la dura piedra, hizo brotar un caño de agua cristalina, naciendo la fuente que se conserva en la Pradera del Manzanares, junto á la ermita levantada al santo por la devoción de los madrileños.

Su economía, templanza y frugalidad, y más que nada la protección divina, que nunca faltó á los esposos, les permitió socorrer, á la vez que la suya, ajenas necesidades, pasando el santo de esta vida en 15 de Mayo de 1130 después de haber-

se preparado con grandes prácticas de virtud. Cuarenta años después de su muerte y mediante una visión divina, el cuerpo de Isidro, conservado en el cementerio de la parroquia de San Andrés, fué exhumado para dársele sepultura más digna dentro de la misma iglesia, habiéndosele encontrado entero é incorrupto, según hoy mismo subsiste en la citada parroquia. Sería interminable la narración de los numerosos beneficios y milagros conseguidos por la intercesión del santo, mereciendo citarse su aparición al rey D. Alfonso VIII bajo la figura de un pastor, en vísperas de la célebre batalla de las Navas de Tolosa, proporcionando al ejército cristiano una senda desconocida que le permitió ocupar posiciones desde las cuales se aseguró el triunfo de las armas cristianas. La desaparición del pastor, apenas realizado el servicio, hizo que el rey ignorase á quién se debía en tan gran manera la victoria de las Navas, hasta que pudo conocerlo con ocasión de la nueva sepultura dada al cuerpo de San Isidro y de la que hemos hablado ya.

Un distinguido poeta contemporáneo, D. José Cabiedes, pinta en los siguientes términos la parte tomada por el rey D. Alfonso VIII en la traslación del cuerpo del santo:

«Pasaron años de bienes;
Y en su reino y en su alcázar,
Cercado de bendiciones,

Para tal vida, tal paga,
Oyó el rey hablar de un santo
Que envuelto en pobre mortaja,
Durmió entre el fango de muerte
Como en un lecho de acacias.
Dicen que milagros hizo,
Dicen que Isidro se llama,
Que tuvo á Madrid por cuna
Y por esposa á una santa.
Dicen que fué su agonía
Como una luz que se apaga,
Y que un ángel con un beso
Bajó á recogerle el alma.
El rey sale á verle, y toda
Su corte viste de gala,

Que honrar las obras del cielo
Es ser digno de su gracia.
Entre obispos y señores
Y un pueblo inmenso que aguarda,
El rey con grave respeto
Ordena que abran la caja.
Rechinan goznes mohosos,
Las viejas maderas saltan,
Y como heridos de un rayo
Suenan un grito en mil gargantas.
¡Ah, que en aquellas facciones
Dulces, serenas, intactas,
Todos han visto el cadáver
Del pastor de la montaña!
Hinca el rey rodilla en tierra,



Descubre sus nobles canas,
Desde el mayor al pequeño
Rezando caen á sus plantas.
Y humildes labios reales
Besan las toscas abarcas,
Como besa un hijo tierno
La mano del padre que ama.
Llévale en sus hombros mismos,
Salmos á coro le cantan...
¡Ahora es cuando va más grande
El vencedor de las Navas!»

Paulo V., teniendo en consideracion los repetidos milagros del santo, dió en 1619 la bula de su beatificacion, permitiendo que anualmente se celebrase la fiesta del mismo en los dominios del rey de Es-

paña, y Gregorio XV procedió, á instancias de Felipe IV, á la canonicacion de aquél en 22 de Marzo de 1622.

La devocion á San Isidro ha ido siempre en aumento, y el pueblo de Madrid celebra la fiesta del mismo con una animada romería, en los lugares que aquél labró siendo criado de Ivan de Vargas.

A. BERRIO Y RANDO.